

LA MADRE DE FAMILIA.

REVISTA LITERARIA, MORAL Y RECREATIVA.

CON LA APROBACION ECLESIASTICA.

Y BAJO LA DIRECCION

DE ENRIQUETA LOZANO DE VILCHEZ.

DICIEMBRE N.º 63 GRANADA. REDACCION Y ADMINISTRACION DARRO DEL CAMPILLO 15. AÑO V. 1879.

Se publicarán ocho números mensuales, conteniendo artículos de costumbres, novelas, poesías, y cuanto juzguemos apropiado para la instrucción religiosa, la enseñanza y el recreo.—Los pagos podrán hacerse directamente a esta administración, en letras del giro mutuo, y en los puntos donde no las haya en sellos de comunicaciones pero solamente de veinte y cinco céntimos de peseta.—Suplicamos a los señores que quieran suscribirse, que al darnos el aviso, marquen bien su nombre, pueblo de su residencia y provincia a que pertenece.—El precio de suscripción es el de dos reales mensuales en toda España, Ultramar y extranjero cuatro, franco de porte.

SUMARIO.

Las tres salidas por día, por X.—El niño enfermo, poesía, por Manuel Reina.—Calvario y Redención, cartas de tres hermanos, por Enriqueta Lozano de Vilchez.—La Cigarra y la Hormiga, por X.

LAS TRES SALIDAS POR DIA.

—¡Adelital! ¡Adela!

—¡Ha salido, abuelo!

—¡Ha salido ¿conque me han dejado solo contigo, Julieta?

—Aquí está Niní que juega con el perro, y Mariana que arregla la comida, respondió Julieta.

Esta conversación tenía lugar en la azotea de una casita de campo, entre el señor barón de San Andrés, viejo octogenario, ciego y caballero de San Luis, condecorado por la misma mano de Luis XVI, y dos niñas de poca edad.

—Julieta, repitió el anciano después de un momento de silencio, ¿no te ha dicho nada tu hermana cuando se ha ido?

—Sí, abuelo, respondió Julieta; me ha dicho:

«Cuida que Niní no enfade al abuelo, y si quiere pasear por el jardín dale tú la mano, y ve poco a poco, y separa del camino las piedras que puedan lastimarle los pies, porque no ve el pobre abuelo, y Dios le ha dado a sus hijos para cuidarle, obedecerle, y hacer cuanto quiera... ¡Oh! yo sé todo esto de memoria, abuelo, porque Adela me lo repite tres veces todos los días, siempre que sale...

—¿Cómo siempre que sale! ¿sale acaso muchas veces? preguntó el caballero de San Andrés, cuya frente venerable se arrugó por una penosa idea...

—Tres veces cada día, respondió Julieta con aquel sentimiento de pueril orgullo que le infundía la importancia que se daba a sus palabras.

—¡Tres veces cada día, murmuró el anciano.

—Bien claro lo digo, repitió Julieta enfadada, tres veces al día una por la mañana de siete a nueve, mientras está usted en la cama; otra de doce a una, a estas horas; y la tercera vez de tres a cinco, cuando usted duerme la siesta. Ya ve usted que son tres veces al día. ¿No se yo acaso contar?

—¿Qué hora es? interrumpió bruscamente el anciano, sin duda para hallar falsas las palabras de su nieta.

—La una dada, abuelo, contestó Julieta. Aho-

ra vuelve Adela: oigo que cierra la puerta de la calle, y que habla con el perrito de Niní.

Adela llegaba en aquel momento, muy encarnada, como quien acaba de hacer una larga carrera. Era una esbelta y hermosa joven, rubia y modesta; notábase en sus facciones un velo de tristeza que parecía eclipsar la flor de su juventud; en la palidez de su frente leíase un sentimiento profundo que la dominaba al parecer.

—¡Adela! dijo el anciano con una voz tan severa que la joven se ruborizó, ¿en dónde estás? y alargando la mano, encontró la de Adela que se había adelantado hacia él, la tomó entre las suyas, y al fin exclamó: «Estás agitada, conmovida, tiembles... ¿de dónde vienes?»

La joven no respondió.

No obteniendo respuesta, el baron de San Andrés continuó, y esta vez notábase en el pausado y triste acento con que pronunciaba cada una de sus palabras, una profunda pena.

—En 1834 hallábame viudo, Adela, y de mi numerosa familia no me quedaba más que mi pobre hija Enriqueta, madre tuya; tu padre, herido en Waterlò, y por lo mismo inválido, y tú que tenías entonces doce años... Adela, añadió el anciano con fuerza, por todas mis crueles angustias pasadas y recientes siempre, por mis canas... dime... ¿de dónde vienes?... ¿dónde vas tres veces al día?...

—Padre mio, dijo Adela, no tengo más que diez y seis años, es verdad; pero la desgracia ha pasado por mi frente joven aún, y ya triste y arrugada... Hace tres años que mi madre murió, y tengo siempre delante de los ojos aquel triste suceso, como si hubiese acontecido ayer; aún oigo su voz apagada reanimarse un momento para decirme: «Adela, te dejo á mis dos hijas, se su madre, y á mi padre, otro sér confiado á tí; guía á las primeras en la carrera de la vida, muéstrales las espinas y peligros; oculta al segundo todo cuanto pueda afligirle.» Salgo tres veces al día, y esto le atormenta á usted; pero sin considerar que soy madre de familia, ama de casa... y aún más, la que sirve á todos ustedes. ¿No pueden mis deberes tenerme fuera de casa tres veces al día? Tenga usted fé en la hija de su Enriqueta, mi buen abuelo... crea usted en ella.

—Esto es todo lo que deseo, y lo que codicia mi corazón, hija mía... Bien, bien, ahora ya has vuelto; hoy no volverás á salir, ¿no es verdad?... ¿No respondes, Adela?

Adela permaneció un buen rato en pié apoyada en la pared de la azotea que daba á la carretera, ya examinando con inquietud la frente arrugada y angustiosa de su abuelo, ya siguiendo

con tierna solicitud los graciosos movimientos de Julieta que estaba jugando con la muñeca, y los aún más infantiles de Niní que jugaba con el perro, al cual agasajaba, ofreciéndole y retirándole, al mismo tiempo, su tostada de pan con manteca. Despues hizo á los niños una seña de despedida y discrecion, y se deslizó ligeramente fuera del bosquecillo.

Un cuarto de hora despues Julieta la vió con su sombrero y los guantes en la mano atravesar el jardin, abrir la puerta de la calle y volverla á cerrar, sin hacer el menor ruido.

El fino oído del anciano había apreciado, y como quien dice, seguido todos los movimientos de su nieta, y cuando desapareció detrás de la puerta, díjose para sí, como si la hubiese visto:

—¡Ha salido otra vez!

Luego, como para calmar la inquietud que le devoraba, dijo á Julieta que fuese á buscar á la jardinera para que llevase á Niní á paseo, y añadió:

—Toma al mismo tiempo el diario de encima de la mesa del salon, y vendrás á leerme el artículo de espectáculos, que esto nos divertirá á los dos.

Julieta obedeció; un momento despues, Martina con Niní salia por la puerta que daba al bosque de Boloña, y Julieta, sentada en un taburete á los pies de su abuelo, leía con su vocecita dulce y clara el artículo ya indicado.

Apenas había acabado la primera columna, oyéronse fuertes golpes á la puerta del jardin.

—Nadie podrá abrir, dijo la niña interrumpiendo su lectura; Martina está fuera.

—Ve, pues, tú, dijo el baron de San Andrés.

La puerta no estaba tan lejos del terrado, que el anciano dejase de oír el siguiente diálogo entablado entre la voz de Julieta y otra muger extraña.

—¿No vive aquí, hija mia, una maestra de piano?

—No, señora.

—Aquí debe ser, sin duda: me han dado las señas exactas de esta casa. Tal vez sea una inquilina que tú no conoces, niña.

—En toda la casa no somos más que mi abuelo, que es ciego, replicó Julieta con tono de una niña que no permite se pongan en duda sus palabras; despues Adela, mi pobre hermana mayor; despues Martina, que hace la cocina; despues su marido, que es jardinero; despues mi hermanita Niní: despues el perro, yo y nadie más. Pero á veces viene aquí una maestra de piano que se llama la señorita Diez; tal vez sea ésta la que usted desea encontrar.

—Se me ha dicho la señorita Adela de San

Andrés, que da lecciones de piano en casa de...

—Señora, yo no miento nunca, interrumpió Julieta con impaciencia: mi hermana mayor Adela no es maestra de piano; mire usted si lo sabré bien cuando es mi hermana.

—¿Es aquí en donde vive el baron de San Andrés? preguntó un joven acercándose á la puerta entreabierta.

—Sí, señor, contestó Julieta.

—Entonces aquí está tambien la persona por quien pregunta usted, señora... y sin duda el baron de San Andrés es el anciano que allí estoy viendo.

Y con gran admiracion de Julieta, que se afanaba por probar que su hermana no era maestra de piano, adelantóse el joven hácia el anciano ciego, y despues de haberse asegurado otra vez de que hablaba con el baron de San Andrés, añadió:

—Señor baron, tengo el placer de anunciar á usted que se le ha devuelto su paga.

—Me ha tomado usted por otro seguramente, caballero, contestó el baron, porque mi paga jamás me ha sido quitada, ¿cómo quiere usted que se me devuelva?

El joven oficial continuó con ademan de admiracion.

—¿No es usted el Baron de San Andrés, que sirvió en tiempo de Luis XV y Luis XVI, en la guerra de la vendée, que ha perdido diez hijos en las guerras del imperio?...

—Sí, señor, contestó el anciano.

—Su nieta de usted, la señorita Adela de San Andrés, ¿no da lecciones en casa del ministro de la Guerra, á mi hermana, en fin?...

—¡Explíquese usted, caballero, explíquese usted! exclamó el anciano... Mi perdida posicion... Adela... sus tres salidas al dia... ¡Oh, por favor, explíquese usted!...

—Es cosa muy sencilla... es el caso que yo tengo dos hermanas, y hará cosa de un año, buscando una maestra de piano en Passy mismo, se ofreció la señorita Adela. Venia recomendada por la condesa de Bricourt, á cuyas hijas tambien enseña. Ultimamente, sabiendo que yo estaba empleado en el ministerio de la Guerra, y que era sobrino del ministro, la señorita Adela me contó que hace dos años la pension de usted fué suspendida sin saber por qué; y luego añadió: «como ni un anciano ciego... ni una niña como yo hemos podido practicar las diligencias necesarias para saber al ménos la causa...» «Yo me encargo de ello, la dije, se lo prometo á usted.» No he faltado á mi palabra, y hoy tengo la dicha, no sólo de volver á usted el decreto de su pension, sino tambien las pagas atrasadas.

—¡Oh, Adela, digna y noble muchacha! exclamó el anciano, elevando al cielo sus grandes ojos. ¡Oh, hija mia!... ¡tan injustamente acusada!... me lo habia ocultado todo... todo... hasta el forzoso trabajo que se habia obligado á hacer... ¡Oh! ¿dónde está? id á buscarla... Y como tardaba en venir, el baron de San Andrés contó lo que habia pasado aquella misma mañana en la azotea en que se hallaba todavia. El acento del anciano iba acompañado de una emocion febril, que se comunicaba á los asistentes.

—¡Oh, señor baron, daré á usted sobre mi familia todos los informes que pueda usted apetecer... ¡Concédame usted á Adela por esposa!

En este momento un grito de alegria de Julieta anunció que estaba de vuelta Adela. Al ver á las dos personas que rodeaban al anciano, paróse tímida y avergonzada; pero el buen abuelo, llamándola y abrazándola, la dijo:

—Todo está descubierto, bribonzuela, y aquí tienes un marido que quiere separarte de mi.

—¡Este caballero! dijo Adela con timidez y firmeza al mismo tiempo; ¿querrá encargarse á la vez de un abuelo y dos niñas, de cuya felicidad debe responder delante de Dios?

—Todo, todo, con tal que quiera usted hacer la mia, señorita.

Adela ha dado estado á sus dos hermanas, y hoy dia es una de las señoras más distinguidas de la capital. Sólo hace dos años que el baron de San Andres ha cesado de existir en sus brazos, dándola su última bendicion.

EL NIÑO ENFERMO.

Rica lámpara de bronce,
A traves de bomba opaca,
Sobre la cuna del niño
Su indecisa luz derrama.
Los sombras nocturnas cubren
Los ángulos de la estancia,
Fingiendo mónstruos, espectros,
Trasgos y horribles fantasmas,
Que asustan al pobre niño,
Y al mismo tiempo le arrancan
Llantos, gritos y lamentos,
Que su enfermedad agravan.
La madre, joven y hermosa,
La cabellera dorada
Desprendida, y las mejillas
Por el lloro marchitadas,

Resuelta á superar con mi generosidad á su generosidad, con mi nobleza á su nobleza: contribuí á su union con mi hermana, entregué mi mano á Julio, y puse yo misma una barrera insuperable entre los dos; maté mis esperanzas, le probé que tenia valor para vencerme á mi misma, y por merecer el nombre de hermana suya, renuncié á mis sueños, á mis ilusiones, á todo!

En los primeros momentos, sostenida por su presencia, alentada por una mirada de aprobacion, hallaba un goce en mi mismo dolor, y encontraba recompensa á mi costoso sacrificio.

Después! ay! después, cuando quedé sola con la realidad, cuando ellos partieron, cuando veía que todos me creían feliz y que nadie admiraba mi conducta ni comprendía mi abnegacion, entonces, Edmunda mia, tube momentos horribles: momentos en que casi me arrepentía de lo que habia hecho, y en que sentía brotar en mi alma todas las pasiones tumultuosas que la habian combatido antes.

Por desgracia mia, hasta habia perdido á mis propios ojos algo de su grandeza mi sacrificio, pues Fabian, por una cláusula que yo ignoraba, le habia quitado parte de su valor.

¡El habia cedido en favor mio toda la herencia de mi hermana, y aquella riqueza parecia el pago de mi felicidad, parecia el pago de mis sueños perdidos!

Mil veces quise renunciar á aquellos bienes que me humillaban, á aquella donacion que me ofendía, pero nuestro padre se opuso, y Julio que se aterraba por mi de un cambio de situacion, tampoco consistió en ello.

Estas contrariedades, estas luchas, produjeron en mi una especie de enfermedad moral muy parecida á la debilidad, á la atomia del espíritu.

Julio, trastornado con el placer de llamarse mi esposo, no comprendía el estado de mi corazon, y tomaba por indulgencia y bondad lo que solo era indiferencia y marasmo.

Ahora bendigo á Dios por este engaño suyo, pues así á sido feliz hasta aqui, y de hoy en adelante lo será tambien, porque tendrá en mi una esposa buena y efectiva, y una tierna y amante madre para su hijo.

Si, Edmunda mia, ya no seré un alma combatida por todas las tempestades del mar de la existencia; hoy tengo un faro salvador que me guiará al puerto, y lo llenará todo de luz en torno mio.

Mi vida ya tiene un fin: mi ternura un digno objeto, mi alma un centro, mi inteligencia una mision!

La conducta de Fabian tiene hoy distinto

nombre á mis ojos, porque esos bienes, esa fortuna no es para mi, es para el hijo de mis entrañas.

Ayer me ofendió, hoy la acepto reconocida, ¡es el porvenir de mi ángel!

Por él renuncio á mi orgullo, por él soy humilde y agradecida, por él la antigua muger desaparece y queda solo la madre, la madre que bendice á Dios, la madre regenerada y cristiana, la madre que ha aprendido á orar y á amar junto á la cuna de su hijo!

De su hijo! oh! de cuánta ventura me inunda este nombre! cuanta claridad vá esparciendo en torno.

Por este niño querido, esta casa ayer triste y sombría, se torna hoy en un hogar dichoso.

Mi padre sonríe, como no lo he visto sonreír nunca! Julio encierran su corazon estrecho para tanto placer, y es expansivo y generoso, y bueno para todo el que le rodea. Su timidez á desaparecido: se siente orgulloso junto á mí, recobra su dignidad, y parece como que ya no es el esclavo de los caprichos de una muger á quien adora, si no el protector de dos seres amados que el cielo á puesto bajo su custodia.

Mi corazon, indiferente casi para él hasta ahora, le ama ya con un amor tranquilo y confiado, que si carece de las delicias de la pasion, tiene en cambio más dulzura, más solidez y menos oscilaciones, porque está sujeto por un lazo eterno, por el amor de nuestro hijo.

Unidos los dos, caminaremos ya por la senda de la vida, con las manos enlazadas y la mirada fija en nuestro ángel; viviendo tan solo en él.

Julio ha querido que lleve el nombre de Fabian y yo repito á cada instante este nombre con ternura y con gratitud.

Sí: á él debo esta ventura inefable y purísima que me rodea, á él le debo este bien estar. A él le debo sobre todo el que mi hijo pueda decir, cuando la luz de la razon inunde su mente: tengo una madre buena, tengo una madre irreproachable!

¡Oh! cuán cierto es que la Providencia vela á nuestro lado, cuenta, nuestras acciones y recompensa nuestros sacrificios, favoreciendo el menor de nuestros esfuerzos para entrar en la senda del bien! A mí me ha dado un premio mayor mil veces que mi virtud. A mí me ha dado la paz del alma y la felicidad en mi hijo: á Fabian y á mi hermana tambien les hace muy dichosos! Así me lo participa ella en sus cariñosas cartas, en esas cartas que yo recibo llorando de gratitud, pues me parece que entre sus frases dulces y amantes, llega á mi alma el perdón de Blanca, y sus bendiciones tambien por haber hecho feliz á su hija querida.

Sí, sí, Edmunda: cuando mi hijo sonríe en

mis brazos, cuando sus azules ojos se fijan en mí, cuando puedo estampar mil besos sobre su blanca frente y entre sus dorados cabellos, me siento perdonada, me siento absuelta de mis pasados errores, y elevando á Dios un grito del alma, esclamo con fervoroso anhelo: Gracias Señor, gracias por el bien que disfruto, gracias por mi padre, por mi buen esposo, gracias, gracias por la dicha de ellos!

Adios Edmunda, adios, y no te olvides de rogarle siempre que siga derramando sus dones sobre el tranquilo hogar de tu amante

Valeria.

FIN.

Enriqueta Lozano de Vilchez,



LA CIGARRA Y LA HORMIGA.

Juan Perez, álias *Tachuelas*, era un honrado zapatero de portal en el de una vetusta casa de una de esas poblaciones que pasan de lugar y no llegan á ciudad. No le llamo remendon, porque si bien Perez aprovechaba todocuanto caía, y así daba unas puntadas con las cuales quedaba socorrido cualquier zapato boquiabierto, como echaba unas medias zuelas, unas tapetas ó unas punteras, trabajaba tambien *de nuevo* con mucho primor; que en lo tocante á obra prima no hubiera dejado que nadie le pasase la mano por la cara. Bien pudiera haber hecho su papel en el obrador de algun maestro, pero amaba su independencia, y no contando con fondos para plantar tienda por su cuenta, preferia bandearse, como Dios le daba á entender, en aquel rincón humilde, donde se habia ya *aclimatado* desde muchos años.

Micaela, su mujer, era lo suficientemente agradada para no oirse llamar fea pero no lo bastante para presumir de hermosa. De lo que sí podía presumir era de muy buena, muy hacendosa, muy económica, y muy amante de su marido y de su hijo; que me parece á mí que son dotes que valen más que un cuerpo garrido y un rostro hechicero.

Y como Juan, por su parte era un marido modelo, de limpias costumbres, cariñoso, bien hablado y mas trabajador que otro tanto, formaban una pareja que no habria sido fácil hallarla tan feliz entre todas las del gremio zapateril de al provincia.

Cuando Juan, dejando el mandil y el tirapié, se sentaba á la mesa entre su mujer y su chico, y comenzaban los tres á despachar, con buen humor y mejor apetito, el tradicional puchero, que trascendia á gloria, aliñado por Micaela, y sazonado por la alegría de todos, ninguno de ellos se hubiera trocado por el mismísimo rey. No habia sino verles para comprender que, pobres y todo como eran, rebosaban dicha y contento.

Lo que decia Juan: «¿Qué importa que no tengamos mas renta que nuestro jornal, ni mas jornal que el indispensable para vivir? Dios reparte los bienes segun le parece mejor, y Él sabrá lo que se hace; que no he de ir yo á enmendarle la plana. Pobre me hallé al venir al mundo, y lo regular será que me largue tan pobre como vine. La verdad es que para morirse no se necesitan grandes riquezas, que digamos; y lo mismo estira la pata un millonario que un pelgal; que de aquí para allá no hemos de llevarnos ni un ochavo, sino el caudal de las buenas obras, que puede el más menguado de fortuna adquirirlo lo mismo (y á veces mejor) que el más opulento capitalista. Tengo salud y no me falta trabajo ni ganas de trabajar; una mujer que vale una India, y un chico más hermoso que los soles: con que me parece que pedir más fuera golilerias: harto contento y agradecido debo estar al Señor que me ha otorgado semejantes tesoros, que así Su Divina Majestad me los conserve amen, como yo no deseo otra cosa en toda mi vida.»

Yo no se si esto era precisamente filosofía ó qué; pero en tales doctrinas habia hallado el buen Tachuelas el gran secreto y elixir miraculoso para vivir más contento que unas Pascuas y más alegre que un par de castañuelas; cosa que á algunos no dejará de parecerle difícil de conciliar con una posicion tan precaria, económicamente considerada, como debe serlo la de zapatero de portal.

Pues nada; la verdad es que Juan Perez y su familia seguian siempre tan conformes con su suerte, y tan expansivos y gozosos, que á la lengua se echaba de ver en ellos que la placentera expresion del semblante era indicio de la sanidad del corazon.

Frente por frente del portal donde Juan trabajaba, tenia su carpintería el Sr. Martin, álias *Berrinche*; quien, aunque por su génio propenso á sulfurarse tenia algo merecido el apodo, era en el fondo un exelente sugeto, casado como Juan, y como Juan padre de un hermoso niño, único que le habia quedado de cuatro más.

Habil artesano, con muy buena parroquia,

Martin, si no habia logrado medrar ni poco ni mucho, podia agradecerlo á su maldito afan de meterse con harta frecuencia en lo que no le importaba, achaque dominante en él desde muy mozo. Amigos politiquillos habíánle levantado de cascos y el pobre Berrinche tuvo más de un disgusto sério, y á menudo la escofina y la garlopa holgaban cubiertas de polvo, porque su dueño estaba preso ó huido, ó andaban buscándole. Y con estas y las otras, y el formar parte de *comités*, y ser alcalde de barrio cuando mandaban los suyos y figurar entre los conspiradores de escalera abajo cuando no mandaban, eran tantos los jornales perdidos y las proporciones desperdiciadas, que el bueno del carpintero hallábase al cabo de sus cuarenta años á la misma altura económica, poco más ó ménos, que su vecino Tachuelas, de quien era sabido que á buen humor y escasez de cuartos no le ganaba nadie en la poblacion. Es verdad que Martin daba por bien empleados todos los sacrificios hechos en pro de su *partido*; y dotado de un carácter expansivo é impresionable, creíase casi recompensado con su *intermitente* cargo de alcalde, su *influencia* entre los amigos, y tan orondo con una cruz de no sé que clase que en cierta ocasion le concedieron á propósito de cierto importante servicio que estuvo á punto de prestar siendo teniente de milicianos nacionales, otra de las ocupaciones extra-carpinteriles que tambien le halagaban mucho. Además resignado á no hacer grandes progresos en su fortuna, cuando reunia unos reales sabia gastarlos alegremente, porque... á campechano y rumboso se las apostaba con cualquiera.

La calle no era de las más anchas; el oficio de Juan y el de Martin no exigian gran contencion de espíritu, y por la costumbre de verse el uno al otro trabajando á pocos pasos de distancia, y por aquello de que los vecinos suelen entablar pronto relaciones de amistad, máxime entre españoles que son de suyo comunicativos y amantes de conversacion, Tachuelas y Berrinche acabaron por ser dos buenos compadres.

Y los chicos, que habian crecido y jugado y hecho diabluras juntos, hiciéronse tambien amigos. No digo nada de las mujeres, porque ya se deja suponer.

A Martin le dolia de veras ver la calma chicha (como él la llamaba) de Juan, y por mas que lo procuró, jamás pudo sacarle de su *indiferentismo político*, de su encogimiento y vida retraída. Y á Juan le partia el alma ver á su amigo siempre agitado y en pié, descuidando la carpinteria más de lo que convenia á sus intereses, pero tampoco pudo recabar de él cambio ni en-

mienda; con lo cual ambos confirmaban la verdad de aquella especie de aforismo: «Genio y figura hasta la sepultura.»

Esto no fué parte, sin embargo, á alterar la cordialidad del buen afecto que les unia; que los dos eran discretamente tolerantes. Llegó un dia en que la paz y la alegria de ambas familias se vió seriamente amenazada. Los años habian ido pasando, y por ende los chicos de Juan y de Martin estaban á punto de cumplir la edad de entrar en quinta.

Dígoles á Vdes. que este es un plazo, aunque previsto, doloroso siempre cuando se acerca, sobre todo para los pobres, que se ven en el duro trance de separarse de sus hijos, quién sabe si para no volverlos á ver.

Martin andaba cabizbajo y cariacontecido, con un humor de mil demonios.

Juan no digamos que estuviera tan alegre como de costumbre, pero no daba señales de grande afliccion.

Una mañana, al abrir como todas el portal, colgó en una escarpia de la jamba de la derecha su *muestra*, es decir, una bota destrozada, y en la de la izquierda, en otros dos clavos, una jaulita con un jilguero y otra con un mirlo parlanchin, que era su favorito; barrió el zaguán, entabló la mesilla y el taburete, arregló los chismes, puso á remojar la suela en el tiesto, y silvando un aire de manchegas que se habia propuesto que el mirlo repitiese, preparóse á empezar su faena. No habia aun pegado dos leznadas cuando Martin abrió media hoja de su puerta y se echó á la calle.

—Buenos dias, vecino. Temprano salimos, y, segun parece, no toma V. hoy los avíos del oficio.

—Sí, para avíos estoy! Hombre, me pasma la calma de V. No es sangre, compadre lo que V. tiene en el cuerpo, sino horchata. Van á entrar los chicos en el sorteo de mañana, y V. tan fresco como una lechuga y tan tranquilo como si tal cosa, se pone á machacar suela. Vamos, lo estoy viendo y me parece mentira que haya un padre con tanta flema.

—Pero, vecino, ¿qué quiere V. que haga? ¿Voy á remediar algo con ponerme hecho un basilisco, tirar los trastos y perder el jornal? Aquí no hay más que una salida: si al chico le toca mal número, como que gracias á Dios no tiene exencion física que alegar, ni es hijo de viuda, ni deseo que lo sea en muchos años, ver si se libra redimiéndole.

—Pues dígoles á V. que eso ni es salida ni lleva camino de serlo. Para los ricos es muy sencillo arreglar estas cosas con dinero, pero los hi-

jos de los pobres han de pagar con su sangre lo que no pueden con un puñado de oro. Esas son unas injusticias capaces de hacer prevaricar al más santo. ¿Y por qué ha de haber quintas, vamos á ver? A bien que cuando volvamos nosotros al poder, se avolirá para siempre esta ominosa contribucion de sangre, y no valdrán re-denciones ni privilegios.

—Hombre, hombre, no sea V. inocente que lo que es quintas las ha habido y pienso que las habrá siempre; porque sino, ¿cómo va á haber ejército?

—¿Cómo? Siendo soldados todos los ciudadanos.

A pesar de la gravedad de las circunstancias, Juan soltó el trapo á reir.

—¿Se rie V.? Pero bien hace V. en reirse, porque como nunca ha llegado V. á comprender los principios de nuestra doctrina, ni ve más allá de sus narices, todo esto serán para V. *utopías* y nada más que *utopías*.

—Hombre, yo no sé si son eso que V. dice, porque ignoro lo que significa el vocablo; pero á lo que á mí se me alcanza, el remedio de que todos seamos soldados para que no haya quintas me hace gracia. En fin al mio me atengo, que me parece más seguro: ver si se pueden redimir los chicos, y sino paciencia, que otros habrán de hacer el mismo sacrificio. A los ricos les será muy fácil: convenidos; á los pobres muy penoso, pero no imposible. Con tiempo pueden preverse estas cosas, y con tiempo se puede uno ir preparando para...

—A Dios, interrumpió Barrinche á punto ya de acreditar su apodo, Me voy por no oírle á V. ensartar sandeces. Valientes capitales puede ir ahorrando un jornalero ó un simple artesano para reunir seis mil reales ó cosa así.

—Hombre, poquito á poco, privándose de algunas cosillas, y...

Pero era inútil cuanto Juan dijese, pues el otro andaba ya hacia el fin de la calle, más listo que un cohete.

—Bueno, bueno, siguió pensando el zapatero; ya te lo dirán de misas. Si los reales que has malgastado desde que el chico vino al mundo, los hubieras ido guardando como yo, no te verías en semejantes apuros.

CORRESPONDENCIA.

Córdoba. Señora doña A. P., el encargado que se presentó en su casa era efectivamente B. C. nuestro comisionado.

Cádiz. Señora doña C. D., deja abonado con los 16 rs., hasta fin de abril del 80.

Cabra. Señora doña J. M., deja abonado hasta fin de enero del 80.

Cabra del Santo Cristo. Señor don A. E., con los 14 rs. que envía deja abonado hasta fin de diciembre del 79.

Cáceres. Señora doña D. de la R., los cuatro primeros meses del año 78 no se publicó el periódico, los números del fin del 79 se los remitiremos á la mayor brevedad. Tanto V. como su hermana deben 20 rs. cada una: á la nota de su prima no puedo contestar pues no me dice el punto en que reside.

Carazo. Señor don S. S., estamos conformes con lo que indica, y le damos gracias por su buen deseo.

Campo Redondo. Señora doña C. B., puede V. estar segura de que aunque un poco atrasado el periódico habremos lo posible para que continúe.

Cádiz. Señora doña R. G., recibidos los 14 rs.

Cádiz. Señor don J. P., recibidos los 14 rs.

Cádiz. Señora doña J. R., con las 8 pesetas que envía deja abonado hasta fin de diciembre del 80.

Cádiz. Señora doña E. J., en nuestro poder los 8 rs. con los cuales deja abonado hasta fin de diciembre del 80.

Cádiz. Señora doña J. L., en nuestro poder los 24 rs. con los cuales deja abonado hasta fin de agosto del 80.

Cádiz. Señor don A. R., recibidos los 20 rs., deja pagado abonado hasta Junio.

Cádiz. Señora doña M. R., recibidas las 5 pesetas, con las que abona hasta fin de junio.

Cazorla. Señora doña P. R. de M., recibidos los 28 rs., aunque sin conocerla puede creer que la aprecio mucho.

Villa de Gata. Señor don P. H., recibidas las 3 pesetas, conformes con su cuenta, remitido lo que desea.

Grañón. Señora doña E. M., recibidos los 12 rs., deja pagados hasta fin de abril.

Guadalcazar. Señor don J. G., recibidos los 8 rs. V. tiene los años 76 y 77, y por eso su débito es mas que el de doña C. T.

Castillo. Señor don P. M. en nuestro poder los 14 rs. No sabemos porque no recibe los números doña A. V. puesto que no dejamos de mandárselo con la misma direccion que dice.

Dos Torres. Señora doña D. G. A., estamos conformes con su cuenta.

Escorihuela. Señor don D. E., en nuestro poder los 10 rs.

Fetir. Señor don J. E. M., conformes con su cuenta.

Gajates. Señor don E. A. de la T., conformes en un todo con su cuenta. le remitimos los números que dice.

Constantina. Señora doña C. de los R., recibidas las 22 pesetas, y le damos gracias por la molestia que se toma por nosotros.

Fuente Alamo. Señora doña V. M., la letra de que nos habla no ha llegado á nuestro poder ni sabemos á quien reclamarla.

Fuente Rebollo. Señor don M. R., queda abonado hasta fin de abril.

Fuente Maestre. Señor don M. M. estamos conformes con su cuenta.

Fuente de Ropel. Señor don E. R., deja abonado hasta fin de abril del 80.

Guarroman. Señor don J. de T., recibidos los 52 rs., se han anotado 20 á don R. M., y lo restante á V.

Alcalá la Real. Señor don J. E., en nuestro poder los 12 rs., nosotros mas que V. sentimos el retraso del periódico.

El Cubillo. Señor don R. M., recibidos los 20 reales.

Escatrón. Señor don P. S., recibidos los 48 reales, 24 para su sobrina y 24 para doña J. Z. á la cual se complacerá en lo que desea.

(Continuará.)

La Directora.

GRANADA:—Imprenta de La Madre de Familia.